

ANDRZEJ STASIUK

UNA VAGA
SENSACIÓN
DE PÉRDIDA

ILUSTRACIONES DE
KAMIL TARGOSZ

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE ALFONSO CAZENAVE

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Grochów*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2009 by Andrzej Stasiuk. Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2022 by Alfonso Cazenave Cantón
© de las ilustraciones, by Kamil Targosz
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-04-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 7471-2022

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LA ABUELA Y LOS ESPÍRITUS

7

AUGUSTYN

14

LA PERRA

24

GROCHÓW

33



LA ABUELA Y LOS ESPÍRITUS

MI abuela vivía en la región de Podlasie. La casa no pertenecía a un pueblo. Lo llamaban colonia: finquitas esparcidas aquí y allá, separadas por bosquecillos de álamos temblones y por hileras de chopos viejos y espigados. La casa, de madera, estaba en medio de un huerto. Incluso a mediodía en verano hacía fresco. Los manzanos eran añosos, frondosos, sus copas se entretejían: el país de la sombra perpetua.

Aquel bosque frutal lindaba por uno de sus lados con un prado. Pero nunca oí esa palabra. Se decía *smug*, las vacas pastaban en el *smug*. Una franja verde con un pozo para abrevar el ganado más o menos en el centro. El pozo era viejo y en lugar de brocal tenía un parapeto de tablas. El cubo se sacaba con ayuda de una pértiga provista de un gancho en el extremo. Dicha pértiga era la *kluczka*.

La *u* es la vocal de sonido más suave y delicado.

Siempre que pienso en mi abuela me acuerdo de esas dos palabras: *kluczka*, *smug*. Y de una tercera: *duch*, 'espíritu'.

La abuela creía en los espíritus.

En los años sesenta allí no había aún electricidad. El abuelo se subía a una banquetita y encendía la lámpara de queroseno que colgaba del techo. En otoño lo hacía bastante temprano, a las seis, tal vez ya a las cinco. En otoño mi padre me llevaba a buscar manzanas, cargábamos cajas enteras de manzanas en la furgoneta Lublin de mi tío, el chofer más auténtico de principios y mediados del comunismo.

De modo que la abuela creía en los espíritus. Y no con una fe medrosa o racionalizada como la que se adquiere por medio de sueños, de alucinaciones o de contactos ocasionales con el más allá: no, nada de eso.

Sentada en el rincón, en la cama cubierta con una colcha de lana, de espaldas al paisaje azul y verde que colgaba de la pared con dos ciervos bebiendo a la orilla del río al que la suave luz amarilla de la lámpara arrancaba únicamente la blancura plateada del agua, contaba historias. Eran historias largas. Trataban de sucesos triviales, del trabajo, de las visitas, de las caminatas hasta el pueblo vecino, de las reuniones familiares. Una narración tranquila colmada de datos y de nombres de cosas y de personas. La topografía de su pueblo y de la zona, una cronología que se extendía entre Navidad, la Asunción y Difuntos.

En esta materia parduzca de vez en cuando aparecían fisuras, los hilos de la trama y la urdimbre se entreabrían y a través de ellos se vislumbraba el más allá, lo sobrenatural, en cualquier caso lo otro.

He aquí que una noche de verano, regresando de casa de una de sus muchas primas, la abuela vio una figura blanca entre los almiarés. La figura, entre humana y animal, correteaba por la linde, ya a dos, ya a cuatro patas, nítida a la luz de la luna, aunque inmaterial.

En otra ocasión, al poco de morir un pariente cercano, vio cómo el difunto entraba en la cocina, la puerta chirriaba, y el visitante miraba en todos los cajones y armaritos del aparador, y luego se iba sin llevarse nada. Aquello fue al alba. La abuela estaba levantándose. Presenció la visita estando ya sentada en la cama, en el mismo sitio desde el que contaba sus historias.

Por supuesto no las recuerdo todas, recuerdo apenas migajas. Sin embargo, conservo la atmósfera de esos relatos:

extraordinariamente cotidiana, desprovista de extrañeza y de interjecciones.

Ese desgarrón del tejido de la existencia se producía más bien en mi imaginación, era yo quien veía las rozaduras. La abuela lo asumía como lo más natural del mundo. Para ella debía de existir un solo género indivisible de hechos, todos igual de reales y con los mismos derechos. Puede que su consciencia realizase distinciones, que hilvanase y parchease esas partes inciertas y desgastadas, pero en sus historias no quedaba ni rastro de tales arreglos.

Cuando en una tarde inmóvil y apacible aparecía en el campo un torbellino en miniatura que arramblaba con las gavillas ya colocadas, la abuela tan sólo se persignaba, acompañaba el fenómeno con la mirada y reanudaba el trabajo. Al fin y al cabo se trataba únicamente del Mal manifestando su presencia bajo una de sus múltiples formas. Ni pizca de la exaltación que acompaña a las mesas que se ponen a girar o a los relatos de Edgar Allan Poe. Si acaso, recordaría más a Svidrigáilov y sus incursiones aparentemente banales al otro lado de la existencia. Su pariente hurgando en el aparador, ahora lo veo, igualaba en realismo y fuerza a la aparición del sirviente Filka entrando en el cuarto de Arcadio Ivánovich con un agujero de lo más vulgar en el codo.

¿Por qué nunca hablaba de los santos, de los seres sobrenaturales aprobados por la doctrina de la Iglesia? ¿Por qué no se le aparecían Pedro y Pablo o santa Lucía? Sólo le servían para medir el tiempo. Como si fueran objetos inertes, una especie de medidas patrón o de pesas ideales. Su inmovilidad era la inmovilidad de las figuras que veía en las misas dominicales. La iglesita de madera se erguía a la sombra de los árboles, una sombra igual de profunda que la que envol-

vía su casa. Aquel interior crujiente, marrón y dorado abría ante ella una vez por semana la imagen de la infinitud, de la luz, de una promesa remota y un premio más remoto aún.

En cambio la muerte, los espíritus, las almas lastradas por el pecado y la maldición la acompañaban a diario. La verdad de que el ser humano es más afín a la muerte, la condenación y el azar que a la salvación se materializaba en su vida.

Por lo demás, no era un caso aislado. Mis numerosas tías, tías segundas y tías abuelas, que solía encontrarme en su casa, participaban en aquellas historias añadiendo bastante de su cosecha, hasta que el abuelo se impacientaba y bufaba un «¿Podrías dejarlo ya, cotorras?» motivado por racionalismo o por temor (algo que ya nunca sabré). Se callaban entonces un momento para después volver, cual malévolas Parcas, a hilar el hilo de esa otra vida humana, esa vida oculta que ni por un instante olvida que se compone a partes iguales de perdición y de agonía.

La historia de la madre que a mediodía vio en la era la figura de una anciana desconocida con un vestido gris, y ese mismo día su hijo cayó enfermo y seguidamente murió.

La historia de cómo una noche la abuela entró en el establo y algo salió huyendo y casi la derriba, y ninguna vaca tenía leche.

La historia..., la historia..., la historia...

La abuela murió, creo, en otoño. Yo era demasiado pequeño para recordar la fecha exacta. Hacía viento y mi padre y yo estábamos presentes, porque los médicos habían calculado escrupulosamente no sólo los días, sino incluso las horas. Yacía sobre un tablón cubierto con una tela negra, toda de negro, enjuta y tranquila. Antes de meterla en el ataúd, según la tradición, todos los parientes se acercaron

a besarla en la frente. Yo debía de ser demasiado pequeño para comprender el concepto de la muerte. Llevado por la costumbre y el cariño, la besé en la boca, como cada vez que la saludaba al empezar las vacaciones. Me extrañó que estuviera tan dura e inmóvil y que no oliera a ninguno de esos cálidos aromas que tan bien conocía.

El susto vino después. En el momento en que vi fuera de la casa un pendón de iglesia negro con una cruz plateada. Lo habían fijado a la pared de la casa de tal manera que zumbaba al ondear sobre el fondo del cielo azul y las ramas desnudas.

Fue la primera lección en mi vida acerca de la primacía del símbolo sobre la realidad.

¿Adónde quiero llegar con este híbrido de evocación y relato?

Pronto morirán las últimas abuelas que vieron con sus propios ojos el mundo de los espíritus. Lo vieron con fe y serenidad y, por supuesto, también con miedo. Una realidad sobrenatural viva y palpable se irá con ellas. Descontando la rara experiencia mística de algunos elegidos, nos veremos abocados a una confianza difícil y llena de esfuerzo en la existencia de lo desconocido. La superficie lisa y pulida de la cotidianidad nos devolverá servicialmente nuestro propio reflejo plano haciéndolo pasar por profundidad.

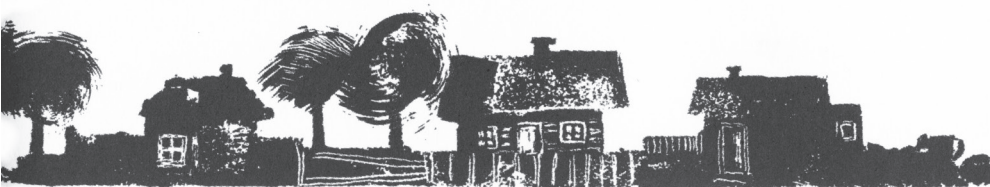
Mi abuela se sentaba al borde de la cama y contaba historias. Lo hacía desinteresadamente, sin ningún fin en concreto. La normalidad de los sucesos anormales les confería credibilidad.

Para salir al patio había que cruzar una estancia grande

y oscura llamada troj. En ella pendían viejos arneses, y encerrado en cercados de madera estaba el cereal aventado y limpio. El olor penetrante del cuero impregnado de sudor de caballo se mezclaba con el aroma seco del grano. La luz entraba por una abertura cuadrada en la pared. En las tardes de sol la oscuridad de la troj quedaba perforada de parte a parte por un chorrillo luminoso en el que revoloteaban motas de polvo. Yo atravesaba la penumbra a todo correr, desmenuzando por un instante los rayos de luz, y salía al exterior. Una y otra vez me acompañaba el mismo miedo. Sólo al encontrarme en el patio, a pleno sol, recobraba el aliento.

Por la ventana veía la figura difusa de la abuela trajinando entre la mesa y la cocina de hierro y preparando la comida. Completamente sola, en la casa vacía, el suelo pintado de marrón crujía a cada paso y ella, con total normalidad, sacaba del aparador encantado las especias, los platos, las cucharas y los tenedores despreciados por el difunto.

Luego, tras su fallecimiento, me imaginé muchas veces la muerte. La visión involuntaria era siempre la misma: una anciana de cara bondadosa y un tanto irónica, la cara de mi abuela.



AUGUSTYN

Eran sus ojos, pero no nos veía. Nos miraba, pero no éramos nosotros.

Lo encontramos tumbado de lado, hecho un ovillo. La tarde aún estaba comenzando, pero en la sala reinaba la penumbra. Al cabo de un rato se percató de nuestra presencia y se incorporó lentamente hasta sentarse en la cama. Lo peor era aquella mirada fija. Parecía atravesarnos de parte a parte. Me daba miedo. Como cuando uno se queda mirando a un perro a los ojos y de pronto percibe en ellos la nada: pues algo por el estilo. El hedor del hospital, el bullicio que llegaba del pasillo y el temor de que al fin y al cabo aquello sí que recordaba a la muerte.

Repetíamos constantemente nuestros nombres y luego el suyo, después otra vez los nuestros y otra vez el suyo, pues no se podía hacer nada mejor. Y además todo el tiempo: «¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?». Pero no daba ninguna señal. Era la primera vez que lo veíamos sin gafas y de ahí, tal vez, aquella sensación de nada y aquel temor. A veces parecía querer sonreír, una fugaz mueca de disculpa. Eso queríamos creer, porque era un atisbo de esperanza de que no todo se hubiera estropeado o fundido allí dentro.

No más de veinte minutos duró nuestra visita. Al despedirnos lo tocamos con el cuidado de quien toca a un bebé.

Ahora ya ni recuerdo quién nos dijo por teléfono: «¿Es que no lo sabéis? Augustyn tuvo un derrame el Domingo de Pascua».

Ocurrió por la noche o de madrugada en su cuarto, y hasta la mañana ninguno de los habitantes de la casa se enteró de nada. Con los derrames al parecer lo más importante son los primeros cuartos de hora, la primera hora. Si el socorro llega con cierta rapidez, hay más esperanzas. Pero Augustyn estuvo tirado en su cuarto toda la noche. Podía imaginármelo. Habíamos estado muchas veces en aquella habitación de la esquina de la casa de ladrillo rojo. Bajo la ventana la carretera de asfalto trazaba un meandro. Atrás brotaba de golpe una ladera empinada. La casa se hallaba encajonada entre la carretera y la montaña.

¿Cuántas veces estuvimos allí? ¿Cinco, seis, siete? A la segunda o la tercera Augustyn nos dio de comer gallina: carne guisada, patatas cocidas y, aparte, pepinillo fermentado. Debía de ser domingo. Y el sabor era el de la comida más sencilla, un sabor que luego te persigue toda la vida. La madre trajo el almuerzo a la habitación esquinera y salió inmediatamente. Todos sus libros, todos sus relatos tienen lugar en esa habitación esquinera. O sea: todo lo que escribió es una voz que viene de ese lugar. Como si hubiera tenido que instalarse allí para transformarse de hombre en escritor.

Cinco, seis, siete encuentros en la vida. Luego siempre son demasiado pocos. Luego siempre te das cuenta de que habrían hecho falta más. Sé que esto suena casi a necrológica. Pero su mirada de entonces, en aquel hospital de Rzeszów, su cuerpo acurrucado en la cama, su inmovilidad eran señales de que uno puede estar vivo al tiempo que su vida mete miedo. Creo que al salir nos sentimos aliviados, que en rea-

lidad nos escapamos de allí, para pasar luego el camino de vuelta enzarzados en una conversación llena de impotencia y de conjeturas sobre si aquél era todavía Augustyn y nosotros seguíamos siendo para él quienes siempre habíamos sido. Aunque nada parecía indicarlo.

Pero al cabo de una o dos semanas regresamos. Creo que lo encontramos sentado en la cama. Había pasado cierto tiempo, así que esperábamos algún cambio. Buscábamos cambios en su cara, en su mirada, en cada uno de sus gestos. Tenía el brazo derecho paralizado, apoyado inerte sobre el muslo. De vez en cuando lo acomodaba con ayuda de la mano izquierda. Lo trasladaba como un objeto cuando se le resbalaba.

Pero a fin de cuentas era un hospital: el olor penetrante y aséptico, el brillo del linóleo, los médicos y las enfermeras de blanco automáticamente hacían pensar en medicina, en tratamiento, en recuperación. Era un pensamiento lineal: del punto A, en el que nos encontrábamos, al punto B al que deberíamos dirigirnos con esperanza. Aquel hospital de Rzeszów y el que vino después daban una ilusión de provisionalidad que permitía esperar mejorías, puesto que lo peor ya había sucedido. Puesto que si uno va al hospital es para después salir de él. Cada pocas semanas acudíamos en busca del antiguo Augustyn. En su cuerpo actual queríamos ver la persona de siempre. La buscábamos como si estuviera a punto de salir a nuestro encuentro desde las profundidades de aquel cuerpo inmovilizado y atormentado. Ahora veo lo difícil que es describir esa experiencia de terrible extrañeza y al mismo tiempo cercanía. Lo tocábamos, lo abrazábamos, porque era lo único que se nos ocurría.

Al cabo de unos meses trasladaron a Augustyn a una residencia en Dynów. Era señal de que la medicina ya había hecho lo que estaba en su mano y no cabía esperar milagros. Sin embargo, en cierto modo significaba una mejora. Dynów quedaba más cerca de su pueblo natal, Izdebki. En la sala de día había sentadas aldeanas de las de pañuelo en la cabeza. En comparación con el hospital muerto e indiferente de Dynów, aquello podía incluso parecerse a una especie de hogar. Estaba rodeado de verde y cuando hacía bueno los internos se calentaban al sol. Por aquel entonces Augustyn ya se movía en silla de ruedas. Encontrábamos algún lugar apartado y nos enfrascábamos en conversaciones que en realidad constituían una búsqueda de migajas de memoria o parecían clases improvisadas de logopedia. Parecía que no nos quedaban más que restos, vagas huellas del pasado, y que éstas eran lo único que todavía nos unía a Augustyn. Sólo así podíamos llenar el presente, preguntando sin cesar: ¿te acuerdas de esto, te acuerdas de lo otro, recuerdas cuando estuvimos, recuerdas cuando fuimos...?

Al mismo tiempo, de un modo lento y casi imperceptible, Augustyn empezaba a..., cuesta encontrar la palabra adecuada..., ¿recobrar la memoria?, ¿recuperar su propia vida?, ¿sus pensamientos?, ¿sus sentimientos?, ¿palabras sueltas? Un día estábamos sentados a la entrada de la capilla del centro. En la capilla rezaban unas cuantas mujeres. Augustyn siempre había profesado opiniones bastante anticlericales, y cuando percibía desaprobación en los ojos de alguien inmediatamente se declaraba comunista ideológico. Allí sentados a la puerta de la capilla le pregunté si no le parecía que últimamente la vida le estaba dando la oportunidad de reconciliarse con la Iglesia, así que igual podía unirse de vez en cuando a las féminas que rezaban empañoladas. Me miró de soslayo, hizo rodar su silla hasta la puer-

ta entornada y con la mano sana la cerró dando un portazo con todas sus fuerzas. Y a continuación volvió a donde nosotros con una sonrisa diabólica y muy satisfecho de sí mismo.

Era un indicio de que, si bien la enfermedad y la invalidez lo habían separado del mundo y de nosotros, no habían afectado a su ser más profundo. Los gestos le ayudaban a eludir la nada. Las enfermeras decían: «Es un cabezota». Sin embargo, lo que hacía era simplemente no rendirse. Ese tipo de lugares, aun de forma involuntaria, anulan la voluntad, fuerzan a la sumisión, infantilizan. Augustyn en su vida y en su escritura siempre había sido un alma rebelde. Siempre había hecho lo que le parecía conveniente. Ahora estaba comiendo uvas, disparaba las pepitas al espacio de la habitación y nos lanzaba miradas desde detrás de las gafas esperando que alguno de nosotros dijera como de costumbre: «August, no seas cochino». Luego, cuando ya estábamos arrancando, divisábamos su silueta imprecisa junto a la puerta de cristal de la entrada. Se acercaba con la silla y se quedaba esperando a que desapareciéramos en la perspectiva de la silenciosa calle de casas bajas.

Todo empezó a mediados de los años noventa. Yo estaba hojeando las decenas de textos escritos a máquina que habían llegado al concurso literario anual de la revista *Czas Kultury*.¹ Y como suele ser en tales concursos: un rollo detrás de otro, dilemas de adolescencia, lo pérfido e injusto

¹ Importante revista que se publica desde 1985, al principio clandestinamente y con frecuencia bimestral, hoy en día oficialmente y con frecuencia trimestral. Su nombre puede traducirse por ‘Tiempo de cultura’ o ‘La hora de la cultura’. (*Todas las notas son del traductor*).

que es el mundo, y el ego inflado del autor. Pero en cierto momento fui a dar con un cuento excepcional sobre un chaval de un pueblo y su guerra con un gallo de patio. Yo también recordaba mis aventuras de pequeño con un macho gallináceo igual de agresivo, de modo que el relato me enganchó a la primera. En él se encontraba todo aquello de lo que se nutre la prosa verdadera. Detallismo, sentido de la observación, ligera distancia con respecto al tema, leve autoironía, descripción ágil y calidez salpimentada de amargura. Aquel cuento, simplemente, destacaba. Brillaba con una luz tranquila y noble. Ganó algún premio. Al abrir las plicas con los nombres de los autores alguien dijo que conocía a Augustyn, que era un hombre mayor, profesor jubilado, y vivía en Izdebki, cerca de Brzozów. Un tiempo después decidimos ir a visitarlo. No quedaba lejos, a unos cien kilómetros apenas, pero nos perdimos. Nos enredamos en la maraña de caminos vecinales de Pogórze. Nos metimos por pantanos con nuestro viejo Fiat 126p, por el camino se estropearon los frenos y llegamos al anochecer y embarrados de pies a cabeza. Augustyn nos recibió como a ángeles del cielo.

Izdebki era su reino. No parecía necesitar nada más. Pasado y presente. Los lugares de su mitología privada, sus geografías privadas. Izdebki tenía una historia comparable como mínimo a la de Europa. Era el imperio de Augustyn y Augustyn ejercía allí un gobierno absoluto. A algunos los condenaba a la inexistencia, a otros los sentaba a su derecha por toda la eternidad. Era un señor todopoderoso, pero misericordioso. Izdebki, la Polonia comarcal, pedánea, aquel ingrediente fundamental del ser patrio adquiriría en sus relatos la fuerza de un mito. Ternura, esperpento, lujuria osten-

tosa, vitalidad plebeya, la fuerza de la ubicua biología y la maravillosa irrepitibilidad de la vida. Y la risa, la risa como última tabla de salvación ante el embate de la nada. Así funcionaba la prosa de Augustyn. De modo muy similar, por otra parte, a como él mismo funcionaba. Era como un médium. Provenía de Izdebki y al mismo tiempo era un extraño allí. No se puede describir el mundo impunemente.

Año y pico después reempendió su camino desde Dynów. Aquello se iba convirtiendo en una especie de peregrinación penitencial. Era una lástima, porque el camino entre Domaradz y Dynów discurre por los altos lomos de las colinas y desde aquella carretera a ras del cielo se extendían unas de las vistas más bellas de todo Pogórze. Podía uno recorrerla ilusionado por el inminente encuentro y luego volver reflexionando sobre la naturaleza de nuestros encuentros, sobre el sentido de la comunicación humana y el cariño. Sin embargo, ahora había que ir a Brzozów. Brzozów es ya el distrito que abarca el propio Izdebki, de modo que aquella pseudoperegrinación penitencial acercaba a Augustyn a casa, de la que ya sólo lo separaban las moles del monte Negro y el monte Grande. Nosotros, por nuestra parte, también empezábamos a acostumbrarnos a que a partir de entonces ya sería siempre así, a que saldríamos de casa y atravesaríamos Żmigród, Dukla, Rymaków y Trześniów para llegar a Brzozów. En la tienda de la carretera de Sanok compraríamos uvas blancas y rojas de las que Augustyn engulle en cantidades industriales, acariciándose la barriga con satisfacción y lanzando luego las pepitas por los rincones. Todo ello se iba transformando en vida normal. Llevábamos la cuenta de las nuevas palabras viejas que Augustyn iba recordando y pronunciando. Lle-

gábamos y le comentábamos nuestras novedades. A veces Augustyn asentía con la cabeza y decía un «Bieeen» prolongado y lleno de aceptación. En otras ocasiones, cuando no conseguía encontrar palabras para lo que quería expresar (y cada vez quería más), apretaba el puño sano y, de forma clara, rotunda e impotente, decía: «Mierda puta».

Un día le contamos la historia de un amigo nuestro que, bastante inesperadamente, había enfermado. La enfermedad era de las más graves y los pronósticos no eran precisamente esperanzadores. Escuchó la historia hasta el final y a continuación, una vez se hizo el silencio, dijo una única palabra: «Terrible». La pronunció lenta, tranquila y claramente. En las habitaciones vecinas había gente que ya nunca dejaría aquel lugar. Muchos de ellos ni siquiera se daban cuenta. La existencia de algunos se reducía a unos cuantos gestos repetidos hasta el infinito. Parecía que la fuerza dominante allí era la fisiología. La lenta sucesión de sueño, alimentación, lavado: las acciones a partir de las que antes todo empezaba. Los olores de las sábanas, los cuerpos y la comida. El eco de las voces en el pasillo, el tintineo de los platos y el aire caliente que salía de las habitaciones. Y en medio de todo aquello Augustyn haciendo rodar su silla con una mano y repitiendo: «Mierda puta. Terrible».

Augustyn falleció en julio, en la residencia. Hacía calor. Murió del corazón. De día, en su habitación con vistas a la colina y al pueblo. Lo que no sé es si en el sillón o en la cama, tumbado hecho un ovillo como de costumbre. Con el correr del tiempo empleaba una cantidad algo mayor de palabras, y su sonrisa y su mirada se habían vuelto más luminosas. Durante nuestra última visita, al ver el paquete de cigarrillos que traía un amigo de los años mozos, cogió uno

sin más y pidió fuego. Puede que fuera la primera vez que fumaba en años. Lo hizo con placer, sentado en la cama, con una precisión de gestos tan irreprochable como quien, recién levantado, se enciende el primero del día. Y con sus ojillos chispeantes, pues sabía perfectamente que no estaba permitido fumar en la habitación.

Murió en julio y no había nadie a su lado. Lo encontró un enfermero. Lo enterramos en un cementerio con amplias vistas al este, donde, a lo lejos, por entre las verdes colinas, zigzagueaba la serpiente azul plateada del San.